

REPERTORIO AMERICANO

CUADERNOS DE CULTURA HISPANICA

Tomo XLII

San José, Costa Rica

1946

Sábado 27, de Abril

No. 14

Año XXVI — No. 1002

Gabriela Mistral ha merecido el premio Nobel.

Tantas noticias tristes han llegado por este teléfono de Mar del Plata desde el comienzo de la guerra (suicidios, muertes) que se sorprende uno de recibir una buena. Cuando se nos llama de larga distancia y una voz nos interroga: «¿sabes la noticia?», el primer impulso es responder: «¡No! Y prefiero no saberla.» El mundo se vacía de amigos. La distancia, la dificultad de comunicarse materialmente — cuando no las divergencias ideológicas — son ya como un ensayo general de la ausencia definitiva.

Esta vez se trata, al fin, de un acontecimiento que celebramos con alegría.

Dudo que aquellos que no han tenido el privilegio de conversar largamente con Gabriela Mistral comprendan hasta qué punto puede uno felicitarse de la buena nueva. Los premios suelen tener poco olfato y se equivocan de destinatarios. Esta vez la elección ha sido feliz. Y aunque podemos, con justo derecho, sentirnos no menos orgullosos de algunos otros escritores americanos de lengua española cuyos valores son conocidos en el mundo entero, no veo ninguno más digno, por el conjunto de las circunstancias, de merecer tal distinción.

Creo que ciertos premios, como el premio Nobel de literatura, nunca debieran concederse a un escritor — salvo casos excepcionales — únicamente por lo que ha puesto en su obra; lo que ese escritor *representa*, no sólo en cuanto tal sino en cuanto ejemplar numerado de humanidad, debiera también tomarse en consideración; Gabriela Mistral llena esas condiciones; Tagore las llenaba igualmente. Por eso estimó que la elección ha sido particularmente feliz.

Los tres grandes amores de Gabriela son, sin duda, la poesía, los niños y el Continente Americano. Para más exactitud, rectifiquemos: una zona del Con-



Gabriela Mistral

GABRIELA MISTRAL Y EL PREMIO NOBEL

(De *Sur*, Buenos Aires. Diciembre. 1945)

tinente. Sobre todo aquella en que abunda la sangre india.

«Empecé a enseñar, como maestra rural, a la edad de quince años», nos dice. Pero ese «enseñar» no era en Gabriela un oficio, una vulgar manera de ganarse la vida: era una vocación que, afortunadamente, podía armonizarse con su perpetua preocupación por el destino de los pueblos hispanoamericanos y con su talento literario. No me aventuraré a decir cuál de esas tres preocupaciones me parece más fuerte. A ese grado de intensidad, resulta demasiado fácil equivocarse. Y por otra parte, ¿no es la poesía la forma obligada que toman sus otros dos amores?

Conocí a Gabriela Mistral en Madrid, en 1930. Ya alguna vez nos habíamos cruzado en otras capitales. Una de nosotras llegaba cuando la otra acababa de partir. Encontrarse cara a cara

por primera vez con un ser tan peculiar como Gabriela, con una personalidad tan cautivadora es un acontecimiento que sigue siempre gravitando en nuestra vida. Recuerdo, muy especialmente, los primeros minutos de esa entrevista. Sentada a su lado, examinada por esos extraños ojos verdes tan inesperados en ese bello rostro severo e inmóvil, comencé enseguida a sentirme como una colegiala a quien sorprenden en falta. ¿Qué falta? — No había abierto Gabriela la boca, y ya sabía yo que se me acusaba de un delito cuya naturaleza desconocida me intrigaba. Gabriela no demoró su revelación (porque lo era): 1º ¿Por qué nací yo en la ciudad más cosmopolita del Sur? 2º ¿Por qué era tan *afrancesada*? 3º ¿Por qué había descuidado a X (una escritora con quien sólo tuve ocasión de conversar una vez, por casualidad)? Desconcertada por esos reproches lanzados a quemarro-

pa, no sabía a qué santo encomendarme. ¿Cómo defenderme de no haber elegido yo misma el lugar de mi nacimiento? En cuanto a mi *afrancesamiento*, provenía de fuentes no menos involuntarias; mis padres vivieron en París durante mi infancia y mi educación fué confiada a una institutriz francesa. En lo que atañe a X, nunca se me ocurrió pensar que fuera necesaria una amistad entre nosotras.

Estos reproches que Gabriela me dirigió seriamente, a pesar de su dulce sonrisa, hubiesen podido impacientarme o sorprenderme por lo que a primera vista tenían de arbitrario y absurdo. No fué así. Escuché mansamente y boquiabierta la tirada. Me decía, mientras ella hablaba: «Es increíble que pueda uno ser tan magníficamente injusta. Esta mujer es generosa hasta en la injusticia.» Y le agradecía a Gabriela el haber pensado en hacerme el don de sus reproches,

en haber juzgado que era digna de ellos. En no haber esperado a conocerme para hablarme así — En haber previsto que lo único que contaba entre nosotras era la intención, no el posible error.

Gabriela se había propuesto firmemente regalarme América. Tiene fantasías como ésa. Pero exigía en cambio que yo regalase a América — flaca retribución — mi propia persona, sin reservas. Sospecho que ya existía un entendimiento entre América y yo y que nos habíamos adelantado un poco a sus deseos. De otro modo, ¿la hubiera yo comprendido tan pronto? Lo dudo. Gabriela no se descifra, no se explica sin la clave de este Continente: el suyo, el mío.

*... la costa a que me trajiste
tiene dulces los pastos y salobre el viento,
el mar Atlántico como crin de potros
y los ganados como el mar Atlántico*

decía en un poema que escribió aquí mismo, en esta quinta de Mar del Plata cuyos árboles tanto le gustaban y donde vino a pasar unas semanas, en 1937. — Abril llegaba con sus días tranquilos, transparentes y frescos, como sucede a menudo en esta costa en que los maravillosos y solitarios otoños quedan en poder de un grupo pequeño de aficionados y de los acostumbrados habitantes del balneario (que quizás sean, a fuerza de verlo, menos sensibles a él). Gabriela descubría los encantos de este paisaje nuevo para ella (la arrastrábamos a las estancias de los alrededores... pues no le gustaba mucho salir) y yo descubría los de Gabriela. Y sucedió que descubrimos también, pocos días antes del 7, que habíamos nacido el mismo día, si no el mismo año. Para conmemorar la fecha y la coincidencia, me dedicó el poema que acabo de citar y cuyos originales, garabateados con lápiz, guardo preciosamente.

Gabriela reconocía de pronto que a pesar de mi Francia yo era tan fatalmente, tan ineluctablemente americana como la planta más humilde, como la especie de pájaros más común de la región. De pronto me perdonó el lugar de mi nacimiento y lo que mis primeros años de clase habían dejado de imborrable en mí. Me dió su poema como quien da un "espaldarazo." — Además del placer, ¡qué alivio!

Es que en Gabriela la preocupación de la tierra y de la raza es intensa y urgente. — Pero esta casi obsesión tiene un sentido muy distinto del que adquiere en los nacionalistas de los diversos países en que ha hecho estragos este género de egolatría «en masa». Gabriela se enorgullece de la sangre india que se mezcla en sus venas a la sangre española; se enorgullece porque ama a los indios de los cuales desciende y porque ve, hoy, en esta raza, a los desheredados de la tierra. Los niños y los desheredados serán siempre su verdadera patria.

*En el campo de Mitla, un día
de cigarras, de sol, de marcha,*



*me doblé a un pozo y vino un indio
a sostenerme sobre el agua,
y mi cabeza, como un fruto,
estaba dentro de sus palmas.
Bebía yo lo que bebía,
que era su cara con mi cara
y en un relámpago yo supe
carne de Mitla ser mi carne.*

Gabriela está aún como embriagada de ese recuerdo de infancia; embriagada de haber bebido, mezcladas en un agua pura, esos dos rostros. Ese instante la rodea aún como un mar del cual ella sólo sería la isla. Ese gesto, esa sed, ese sol, esa frescura duran aún.

Empiezo a no dudar de esta forma de eternidad. Gabriela está aún en este cuarto que fué el suyo. Come higos azules y rojos en un plato de borde turquesa. Me habla del Valle del Elqui, de México, del Mediodía de Francia. Contempla conmigo los tilos y las lambertianas cuyos verdes contrastan con tanta felicidad. Aún estamos en Cannes, frente a un balcón por donde el Mediterráneo azul entra en un cuarto del Hotel Miramar. Estamos en Niza, junto a un jardín donde se oye pasar el viento entre los phoenix.

*Estoy donde no estoy
en el Anahuac plateado ...*

¿Acaso no pasamos de esta manera la mayor parte de nuestra vida? Estar donde no estamos ¿no es acaso una de nuestras principales ocupaciones? Me parece que nunca he cesado de dialogar con Gabriela y que su presencia en mí es más evidente que lo que miro o toco en este mismo instante. — Protesto ante ella, todavía y siempre, de lo espinoso que resulta para nosotros, hispanoamericanos, el manejo del español. Le digo que cuando hablamos con españoles, éstos parecen considerar que abusamos de su idioma y de su paciencia en cuanto abrimos la boca, que somos una raza intolerante de intrusos, de malhechores gramaticales. ¡qué sé yo! Ella me contesta: «Un español tiene siempre derecho para hablar de los negocios del idioma que nos cedió y cu-

yo cabo sigue reteniendo en la mano derecha, es decir, en la más experimentada. — Pero ¿qué quieren ellos que hagamos? Mucho de lo español ya no sirve en este mundo de gentes, hábitos, pájaros y plantas contrastadas con lo peninsular. Todavía somos su clientela en la lengua, pero ya muchos quieren tomar posesión del sobrehoz de la Tierra Nueva. La empresa de inventar será grotesca; la de repetir de «pe a pa» lo que vino en las carabelas lo es también. Algún día yo he de responder a mi colega sobre el conflicto tremendo entre el ser fiel y el ser infiel en el coloniaje verbal.»

No sé cómo Gabriela se las ha arreglado, pero me parece que ha encontrado ya, para su propio uso, una solución al problema. — Oírla hablar, por ejemplo, es un milagro. A través de ella, oímos a América. Las palabras tienen como un sabor nuevo cuando ella las escoge y las pronuncia. Gabriela "prend son bien ou elle le trouve", como si nada fuera, sin titubeo, sin esfuerzo aparente. Los términos más engolados, más endomingados saben al pan nuestro de cada día cuando Gabriela se sirve de ellos, cuando se convierten en una parte de su voz.

Gabriela asegura que nosotros, los hispanoamericanos, hemos nacido monstruosamente, sin infancia, en plena pubertad, y que el salto que va del indio al europeo es capaz de rompernos los huesos.

Sin embargo, cuando escuchamos a Gabriela eso ya no es verdad. Olvidamos que haya podido serlo. Olvidamos todo, excepto el placer de oír a esta América que ella traduce con tanta riqueza, sereno arrebatado y soltura. Y cuando ella no está con nosotros, continuamos oyéndola si pensamos en ella, si la leemos. Nos ha dejado un ritmo en el oído que se rehace en nosotros cuando la evocamos. Gabriela puede hasta emplear los giros más peninsulares sin que huelan a península. De las palabras más castizas se levantan gorjeos que sólo pueden salir de la garganta de los pájaros americanos, se dibujan follajes que sólo pueden extender su sombra sobre el suelo americano: la península se ha convertido en el Continente.

Gabriela Mistral vuelve al problema del idioma en una de sus últimas páginas: «Una vez más yo cargo aquí⁽¹⁾, a sabiendas, con las taras del mestizaje verbal. ... Pertenecesco al grupo de los malaventurados que nacieron sin edad patriarcal y sin Edad Media; soy de los que llevan entrañas, rostro y expresión conturbados e irregulares a causa del injerto; me cuento entre los hijos de esa cosa torcida que se llama una experiencia racial, mejor dicho, "una violencia racial."»

Quien más, quien menos, todos corremos la misma aventura.

Pero oír hablar a Gabriela de su Continente es oír florecer una rama—si ese festín estuviese destinado al oído—cuando el sol se apoya en ella con todas sus fuerzas. Sol de América que es el mismo de Europa, por cierto, pero cuyos rayos extraen de cada tierra las cosas diferentes que esconden, celosas, a todo señor que no sea él.

*Te digo adiós y aquí te dejo
como te hallé, sentada en dunas.*

La noticia del Premio Nobel acordado a la autora de *Tala* que publicamos en 1938, me encuentra, después de tantos cataclismos, sentada en el mismo lugar. Tengo un instante la impresión de que nada ha cambiado desde el día en que Gabriela caminaba por este césped. Pero los niños de su "Recado"

La casa y el jardín cruzan los niños

no son ya niños. Ella no los reconocería. ¿Nada podemos fijar, retener, detener? Lo sabemos; nos lo repiten desde hace si-

ANTONIO URBANO M.
EL GREMIO
TELEFONO 2157 APARTADO 480
Almacén de abarrotes al por mayor
SAN JOSE, COSTA RICA

glos filósofos y poetas. ¿Por qué nos cuesta siempre comprobarlo?

El perfume de los almendros de que hablas, Gabriela, y que sin embargo cada primavera nos trae nuevamente ("Han llegado los almendros", dice la voz del aire) sólo florece una vez para cada uno de nosotros, pero continúa eternamente flotando en nuestra memoria.

*Viene un aroma roto en ráfaga
soy muy dichosa si lo siento
de tan delgado no es aroma
siendo el olor de los almendros.*

*Me vuelve niños los sentidos
le busco nombre y no lo acierto
y huelo el aire y los lugares
buscando almendros que no encuentro.*

Gabriela: las "aubépinés" respiradas por Proust y que lo inundaban de una felicidad sin nombre, de la cual no sabía qué hacerse, son vecinas de tus almendros. No hay un espacio tan grande, créeme, entre Combray y tu Valle del Elquí. Mi corazón ha medido la distancia.

VICTORIA OCAMPO

EN VOZ ALTA

«UNÍOS O PERECERÉIS»

64 Morgan Place
North Arlington, N. Jersey
2 Feb. 1946

Querido don Joaquín:

Temo esta carta va a ser más larga de lo que debería. Se me han acumulado tantas cosas que quiero decirlo en voz alta.

En primer lugar el regocijo que me ha procurado, como a todos, el premio a Gabriela Mistral ha venido amortiguado por la consideración que han tenido que ser los europeos los que han finalmente concedido a la gran mujer americana manera de obtener reposo seguro y completa libertad. No desconozco que se ha hecho por su gobierno todo lo posible para hacerla

feliz dentro de los medios que permiten la burocracia y el presupuesto, pero siempre ha tenido que desempeñar un cargo, aunque fuera honorífico, y residir en lugar determinado, aunque fuera a su gusto. Cuando se suicidó, tirándose al mar, hace dos o tres años otra gran poetisa argentina yo le escribí a Ud. que era indispensable que los gobiernos de las repúblicas americanas consignaran pensiones vitalicias para aquellos grandes, desgraciadamente demasiado raros, que aparecieran en cada generación. Esto no es fantasía irrealizable. En los países escandinavos se mantienen del presupuesto cinco personas que merecen ser huéspedes-comensales de la nación. Reciben el equivalente de 3600, en conjunto representa un gasto de 1800 anuales, menos de lo

que se gasta en un banquete en su honor. Añadía, en mi carta a Ud. al hablar de esto, que los beneficiados deberían corresponder con escribir un comentario de lo ocurrido cada año en pliego que se mantendría cerrado, para abrirlo sólo al cabo de 50 años. Así, al comparar los juicios anuales de cinco personas eminentes y pretéritas las generaciones futuras podrían hacerse cargo de lo que ocurrió aquel año que mereciera la atención de los mejores de cada país.

De mayor magnitud, parece ser el cambio que ya ha producido y, producirá aún más, para la América Latina la elevación a árbitro de los destinos del mundo de la América anglosajona. No hay duda que esto cambiará la posición relativa de las dos Américas. La que era la mayor por su edad y experiencia, ha crecido hasta agigantarse en poder y prestigio, y la otra ha permanecido en su condición de menor sin acelerar su crecimiento. Una nació el año 1775, otra el 1825; una llegó al mundo con cuerpo tierno, sin taras ancestrales; otra, la menor, nació entuerta tarada de superstición y malicia hereditarias. Es posible que por su misma juventud y por la escuela de dolor que tendrá que sufrir para ponerse al nivel de su hermana, la América Latina llegará a su mayor edad con un genio espiritualmente más elevado que el que ha conseguido la América anglosajona. Yo lo veo sinceramente, don Joaquín de mi alma, no se lo digo para consolarle y animarle; creo que la América del Norte actualmente mucho más romántica y generosa y mística de lo que Uds. se figuran, ha conseguido ya desde el punto de vista intelectual todo lo que puede esperarse dadas sus cualidades. En cambio, la América Latina si corrige sus taras congénitas (superstición, pereza, rijosidad,

¹- *Ternuro*. «Colofón: con cara de excusa», página 187 (Colección Austral, Espasa Calpe Argentina)

ignorancia) podrá avalorar cualidades (imaginación, pasión, comprensión) que no tienen y nunca tendrán los anglosajones.

Corregir defectos al yanque, a la fuerza, aunque sea con iglesias y escuelas, es casi imposible; hay que esperar que por el curso natural de la civilización los Latinos se reformen, limpiándose por su propio bien. Va llegando ya el día que observarán por un epicureísmo espontáneo que el bien es más agradable que el mal, que se goza más, y el placer es más duradero, participando en nobles y bellas actividades que permaneciendo arrinconados con viejo y sucio egoísmo.— A esto se llegará, se está llegando.— Ya no se venderían ahora naciones, como en tiempo de Chamorro, ni podría repetirse otro Gómez, otro Leguía. Querido don Joaquín, el mundo no va hacia la derecha, ni hacia la izquierda, va hacia adelante porque es más fácil ir hacia adelante que hacia atrás, sobretodo en América.

Pero la gran lección que ha producido el encumbramiento de los Estados Unidos a potencia mundial es que ha sido debida a dos causas. Primera, la *calidad* del *Homo americanus*. Algo ingenio, tomó la guerra europea (no tanto la del Japón) como una aventura, un deporte, como se tomó el de abrir los territorios del Oeste de los Estados Unidos, tarea que proporcionó el goce de crear, vencer, superar dificultades. La manera *tin* americana, como el pueblo americano ha cumplido con su deber es realmente una lección para el mundo. Pero la segunda causa del éxito es la *cantidad*. La movilización de todos, enteramente todos, los recursos de este vasto país ha sido posible por su unidad política. Esta lección, que inmediatamente invita a federarse los europeos y sudamericanos para conseguir la misma cantidad, no podrá realizarse en Europa por muchos años, acaso siglos. Los odios internacionales son de tal categoría que los pueblos prefieren el suicidio a la unión. En cambio, todavía una federación de repúblicas sudamericanas sería posible.— Para empezar podrían eliminarse las aduanas, y el comercio establecería vínculos que impondrían la federación. Esto tampoco es fantasía. Con el *Zollverein*, asociación aduanal, se

empezó la federación de los estados germánicos en el siglo XIX. La federación de grupos de repúblicas permitiría disminuir gastos militares, que compensarían lo que se recauda por aduanas.

Que la *cantidad* es necesaria para la vida moderna y más para la del porvenir se ha puesto en evidencia con el descubrimiento de las posibilidades de aprovechamiento de la energía atómica. Costó al gobierno de los Estados Unidos varios billones. Una pequeña república ni podía pensar en atreverse a aquella empresa. Pero hasta en la industria privada se requieren esfuerzos colosales que no puede acometer un pequeño país.— Voy a poner un ejemplo, algo cómico pero, a mi entender, muy iluminante. Es el del producto llamado Nylón que sustituirá con ventaja la seda natural. Se habían hecho sedas artificiales con materias viscosas. Daban un buen resultado pero no evitaban el uso de la seda. La archigigantesca compañía de productos químicos, Dupont, decidió acometer el problema de una manera científica. Llamó al mejor químico en esta especialidad llamado Carruthers, y le autorizó a girar del banco sin límites ni control. De esto hace 16 años; Carruthers estableció un laboratorio con 80 químicos; su objetivo era sólo descubrir una molécula que fuera elástica y más dura que la seda. No más que la estructura molecular. Después [los químicos] de Dupont se encargarían de su producción econó-

mica. Carruthers tenía que emplear materias mal olientes que le saturaron el cuerpo; hasta durmiendo oía «hedor-cadáverico». Por fin se suicidó; pero la molécula del Nylón estaba descubierta y era no sólo más dura que la seda natural, era más tenaz que el acero.

En mi *Historia del Mundo*, Vº volumen, publicado el año 1940, cuatro años antes de la Bomba Atómica, hay, en la página 462, estas líneas: «*Muchos físicos de gran seriedad pretenden que es cuestión de meses, a lo más de años, el sustituir con algunos kilogramos de uranio el trabajo de las actuales centrales eléctricas que trabajan con agua o carbón...*» Dentro de 10 años, a lo más tardar, estas empresas tentaculares americanas que agarraron la América Latina, como también ahogan la América Anglosajona, serán empresas anacrónicas; otros medios de producción les harán vejesterios o cadáveres. Lo importante no es combatir fantasmas, sino ayudar al nacimiento de lo nuevo, real y vivo. El mundo va hacia adelante, don Joaquín, no a la derecha ni a la izquierda. Adelante! Por esto repetiré las palabras de Bolívar que copié ya en el mismo volumen de la «Historia del Mundo»: «*Uníos o pereceréis.*» Un fuerte abrazo de su muy suyo:

JOSÉ PIJOAN

Encontraré en el sobre cheque por 6.00, pago de mi suscripción como cada año. Y que pueda enviárselos por muchos años más le de-ea P.

A ELLA, QUE ME DEJO SU VOZ

(En el Rep. Amer.)

Pasó que un agosto día dí conmigo misma; entonces la ceguera abismal del mundo me encadenó. Y porque ni aún en agonía logré desprenderme de mis sueños, la lúgubre prisión fue limbo de la espera. Yo ahondé en silencios y melancolías, y a vista del observador respondí cual concha nácar.

Pero he aquí, que a mi silencio descendió una voz, sólo yo la oía; era como un suspiro tierno. E iluminó mi cárcel el primer claror del alba. Y comencé a mirar más allá de todo al ver las cosas con mis propios ojos. Instada por la voz, yo, infinitamente

fuerte, rompí cadenas saliendo por entre los barrotes. Y ví pedazos de mi cuerpo en sangre quedarse ahí. Afuera estaba yo con otra forma, mi alma, y sin entrañas.

Algún tiempo ha transcurrido ya. Mi cuerpo, otro ahora, tiene en lo íntimo la cicatriz de su pasado, invisible a los ojos de este mundo en que hoy vivo. También conozco con dolor que quien descendió a mi limbo se abrazó a la muerte. Mas yo resucité porque su acento se hizo uno con mi voz. Ahora sé que hablo con dos voces: unión que irá conmigo eternamente.

México, Dic. 1943.

VERA YAMUNI





ROMANCE DE LAS TRES NIÑAS

(En el Rep. Amer.)

*Sobre la tierra tres niñas
mecen su talle de caña,
en las venas, sangre india,
en los ojos, luna clara.
Caracolutos morenos
los cinco dedos del pie,
mariposa en los talones
que vuela, y que no se ve.*

*Jugando roban del sol
su morena lozanía;
son un triptico de amor
en diapason de la vida.
La mano ahuecada es nido
de azucenas engréidas;
y las manzanas son pechos
del cálido mediodía.*

*Tres inquietudes morenas
que danzan sobre la tierra.
La gracia es como un anillo
besando talle y caderas.
Los pechos tan redonditos
como un cero tornasol.
Tres gracias en carne fina.
Tres niñas del Salvador.*

PILAR BOLAÑOS

Costa Rica, 1946.

Hago un verso sobre este cuadro que me gusta, aunque pienso que en él lo salvadoreño se dibuja y se desdibuja, como el Salvador que yo llevo en el corazón: mitad real y mitad imaginario. Se me ocurre que a la caja de pinturas de Luis Alfredo Cáseres le falta un color que le tiene que faltar a todo salvadoreño. País como el nuestro que desgraciadamente no ha vivido plenamente las instituciones que ligán el pensamiento y el sentimiento artístico al pueblo, obliga a ese desenfoque artístico.— Hay que refugiarse fuera de la realidad.

Yo he visto salvadoreñas andrajosas y las he visto bajo la elegante línea de los modistos de París. Estas tres salvadoreñas no son ni lo uno ni lo otro; sin embargo tienen no sé qué salvadoreño. Por eso he dicho que en ellas lo salvadoreño se dibuja y se desdibuja.

El color que le falta a la caja de pintura de Luis Alfredo es el "color social," el "color político." Por eso a mi verso, salvadoreño, en esta hora del mundo, ha tenido que faltarle el color social que debería tener.

PERUANIDAD Y CULTURA

DE CARLOS FERNÁNDEZ SESAREGO

(En el Rep. Amer.)

¿Para qué sentar la luz del pensamiento sobre la página si no vamos a decir con transparencia lo que va sintiendo nuestro ser ante las afirmaciones de la vida o las del hombre, su más bello fragmento, su más provocativo ornamento? Hiérvase a fuego lento la indiferencia para ahorrarse el peligro de ser arrojada de las entrañas de la Naturaleza.

Las fuerzas inteligentes que tejen el terciopelo de las malvas o de los geranios no vacían mayor caudal de genio para tejer con las hebras de la luz la inmensidad de los bosques o el azul de las olas del mar, como no puso Buonarroti más gracia en esculpir los dos cuernos lunares en la cabeza de su Moisés que en uno de sus sonetos a Matilde de Colonna.

Raro primor de nuestra edad decir lo

que se siente, porque ello parece demandar que se diga lo que complace y agasaja; pero que también aquieta el ansia de mejor, si ya no se lleva como tábano de fuego allí donde las aspiraciones se dan cita para emprender juntas la primera gran jornada de la vida.

A no pocos jóvenes se daña definitivamente con alabanzas empapadas de tanta miel que ella deja plegadas las alas para más altos vuelos. Mas tampoco deben ser las críticas para los jóvenes tan severas que los desalienten, cuando no son ellos de alcionada estirpe.

Joven es el autor de ese opúsculo, entre cuyas páginas se hallan las consagradas a dos semblanzas de dos proceras figuras de las letras peruanas.

Ambas, concebidas para radiodifusión

cultural, son rápidas y atentas al rasgo personal, a la pintura de carácter, más que al análisis de la obra literaria realizada, particularmente en el caso de Manuel González Prada.

En efecto, la vida valerosa, a ratos heroica de González Prada merece contarse para ejemplo de juventudes achatadas que no se atreven a decir su palabra en la nación donde les corresponderá crear su porción del mundo nuevo. Sin embargo lo que dió relieve a la figura del autor de *Páginas Libres*, fué la valentía de su pensamiento, fué la columna vertebral de su dignidad de pensador. Los más importantes jalones en la jornada de su existencia los dejó plantados su obra literaria en prosa. La volcánica lava de su fervor patriótico exaltado por la tiranía se le derramaba en prosa ardiente. Y en tales períodos de combate obra y vida fueron una sola comburente pasión.

Le semblanza trazada por el autor del opúsculo ha hecho justicia al aspecto político de la vida de González Prada.

Mas hubo en este hombre un artista y un batallador por la libertad de pensamiento y de conciencia. Combatió contra la tiranía y contra la Iglesia. Contra la primera, porque fue la negación de la Re-

pública. Contra la Iglesia, porque ella es la negación de la libertad de pensamiento y de la libertad de conciencia, asiento de una bien gobernada República.

En la conferencia del joven autor de este opúsculo no se examina este robusto costado del escritor peruano.

A veces hace su entrada en esta semblanza el prejuicio católico, como cuando afirma que González Prada «Elevó a la categoría de mito la Razón, la Ciencia, el Progreso. En este aspecto se impregnó del espíritu imperante del siglo XIX.» La expresión es típica del católico empapado del espíritu de la Encíclica de *Quanta Cura* de Pío IX que condenaba el predominio de la razón sobre la autoridad de la Iglesia, la apelación a la ciencia contra los textos del Antiguo Testamento, y la exaltación del Progreso. Por fortuna, sin embargo, no ha cesado de imperar ese mismo espíritu en el siglo XX. Antes por el contrario, se tiene una más robusta fe en la Ciencia y se espera mucho más del Progreso en todas las direcciones, particularmente en el mejoramiento de las condiciones de vida de los hombres. En cuanto a la Razón, nada ni nadie ha disminuído su valor ni sus alcances. La intuición ha hecho su entrada al lado de la Razón, mas no para nulificarla ni sustituirla. Ese *Tertium Organon* ha traído el reconocimiento de la extensión de las capacidades del entendimiento humano; pero no ha mermado la valía de la Razón ni la validez de sus conclusiones.

La semblanza pasa por alto la considerable labor de González Prada contra la Iglesia y contra la corrupción del clero de su patria. Y esa labor contribuyó al realce de la heroica figura del combatiente que fué el autor de *Páginas Libres* y de *Letra menuda*.

A pesar de estas fallas la semblanza deja en el lector la grata sensación de que se le ha ofrecido un ejemplar de hombre de letras que no transigió ni con la tiranía ni con la violación de principios morales.

La semblanza de Ricardo Palma es gustosa. Releva los rasgos más llamativos del "tradicionalista." Las páginas consagradas a recordar los tipos, las escenas y las actitudes coloniales, tales como aparecen en las sabrosas tradiciones, son las más gratas de su conferencia. El retrato de don Ricardo Palma está bien hecho. Y si bien deja en la sombra al poeta lírico en Palma, es lo cierto que su obra de narrador de historias entre veras y ficciones es el que mejor recordamos y el que se ha ganado toda la estima de América.

La tercera conferencia, bajo el título de *La posición ideológica de la juventud de América en la hora presente y futura*, es útil empeño de difundir una "nueva doctrina" que habría de llevarse a la práctica. No el liberalismo que "enseñó el respeto de las ideas. Ese respeto primordial y neces-

MENSAJE QUE ENVIAN LOS ESCRITORES, ARTISTAS E INTELLECTUALES DEL PERU CON MOTIVO DE LA EDICION DEL NUMERO 1000 DE REPERTORIO AMERICANO DE SAN JOSE DE COSTA RICA.

Señor Joaquín García Monge

Los escritores, artistas e intelectuales del Perú que suscriben, al estar cercano el número 1.000 de REPERTORIO AMERICANO, periódico a que Ud. desde hace 25 años, semana a semana, viene dando vida, para bien de la cultura del mundo de habla hispana y sobre todo, de los elevados y nobles intereses de la Humanidad; quieren, anticipándose quizá, expresarle su saludo fraterno, como asimismo su sincero aplauso por esa titánica y desinteresada labor.

Reconocemos en REPERTORIO AMERICANO a la tribuna—en la más pura acepción del término—que por su alto espíritu de comprensión y de selección, por consiguiente, se ha impuesto y se ha hecho insustituible entre los hombres y los pueblos que aman y respetan los valores del espíritu, entre los que viven de verdad.

ULADISLAO ZEGARRA ARAUJO
TORIBIO GUERRA VERREAU
VÍCTOR M. DÁVILA
ALEJANDRO MANCO CAMPOS
ESTEBAN PAVLKITCH
(Escritor)
RAÚL PORRAS BARRENECHEA
(Asesor de Relación Cultural
del Ministerio de Relaciones
Exteriores y Culto)
MAXIMIANO MUÑOZ
(Director de *Renovación*)
LUIS E. VALCARCHÉL

RAMIRO PÉREZ REINOSO
LEONOR BREÑA PACHECO
PEDRO BARRANTES CASTRO
JUSTO FERNÁNDEZ
RICARDO WALTER STUBBS
(Escritor)
MANUEL FÉLIX MAÚRTUA
(Escritor)
CAYETANO BELLIDO GARCÍA
(Director de *Unión*)
DAGOBERTO TORRES
(Director de *Senda*)

Lima, Agosto 1945.

Lima, Abril 4 de 1946.

Señor Joaquín García Monge

San José de Costa Rica

Querido don Joaquín:

Van unas firmas saludando el número I.000 de

REPERTORIO.

Irán más.

Salud.

ALEJANDRO MANCO CAMPOS

sario para toda obra. "Ni tampoco el comunismo, «al cual la juventud mira sin temor.»

Esa doctrina es el *socialismo cristiano*, cuya inspiración procede de "las encíclicas sabias, maduras, sesudas."

Cuán magra la información acerca de esa doctrina del socialismo cristiano. Y no creo que sea desdén del estudio de esa cuestión por parte del joven conferenciante. Es la actitud de los dirigentes de tal agrupación. Ellos saben bien que no hay una sola idea nueva en la encíclica de *Rerum Novarum* acerca de la cuestión social. Que lo que llamó la aten-

ción del mundo católico fué la aceptación del principio de que es preciso establecer una justicia social que no existe. Pero la encíclica condena el socialismo «porque perverte los deberes del Estado.» En *Quadragesimo Anno* lo declara «contrario a la fe cristiana» (Párrafo 51). No hay esencialmente ni socialismo cristiano ni democracia cristiana. Fueron esos nombres recursos escolásticos o neotomistas para atraer hacia la Iglesia a las masas cansadas de esperar que la caridad predicada a las clases adineradas les trajese la justicia social y que por lo mismo habían abandonado a la Iglesia. Es preciso leer las cartas de pre-

lados belgas y alemanes dirigidas al Pontífice León XIII para que se apresurase a conjurar el peligro que corría el catolicismo. *Rerum Novarum* fue la respuesta.

Salvando esta cuestión de partido sectario que aminora la amplitud de la doctrina, la actitud del conferenciante respecto de la Universidad es inteligente. Es consecuencia de la revolución universitaria iniciada en la Universidad de Córdoba.

Es de aplaudir la aspiración de conocimiento y de cultivación del joven Fernández, de aplaudir la limpieza de sus ambiciones; lo cual nos da motivo para pensar que él y el resto de la juventud católica del Continente deben estudiar los

documentos de la Iglesia para que se convengan de que por delante no les queda otra cosa que un retorno a la Edad Media intelectual de Santo Tomás, sin libertades, porque la Iglesia las repudia allí donde ella tiene el poder y las reclama en los Estados en donde ella es la minoría.

Hace falta a este joven trabajar más cuidadosamente su estilo, cosa que no puede hacerse si se precipita su labor para las exigencias del periodismo militante o las estaciones de radiodifusión. Libre de esta prisa su obra será más sólida y más castigado su estilo.

R. BRENES MESEN

Costa Rica, 1946.

FLORES HUMILDES PARA ROOSEVELT EL GRANDE

(En el Rep. Amer.)

Los hombres de bien en toda la haz de la tierra, no podrán por menos de señalar con piedra negra este día de penumbra en el panorama de la historia en que la fuerza misteriosa del destino acaba de abatir la existencia de un hombre genial, arcilla humana a la que una divinidad propicia animara con soplo peregrino, en el designio sin duda de confiar a su labio más tarde la misión de dar a los hombres desde el Sinaí del Pensamiento la más alta modulación de la palabra libertad; y a su brazo el poder singular de dar a la palabra gigantesca vida activa, en el momento preciso en que todos los poderes del mal se han movido y se mueven alineados en orden de batalla para expulsar del mundo la libertad del Hombre.

La ciudad ha sido testigo de actos oficiales suntuosos en honor a la memoria de aquel titán de la palabra sustantiva y de la acción prodigiosa, caído después de cumplir lealmente la alta misión que le reservara la historia. En las ventanas, aquí y allá, fotografías destacaban sobre un fondo de sedas negras, la noble luz que emanaba serena del semblante austero y augusto del eminente obrero de los ta-

lleres del espíritu, cuyo potente mazo al caer sobre el yunque, fué algo así como el resonar de un inmenso tambor de guerra batido por un cíclope, para anunciar al orbe el paso de victoria de las banderas de la libertad. Los colores de las naciones, plegados sobre sus mástiles, han sollozado reverentes la angustia del mundo ante el aciago momento. Parecía como si el silencio con su índice severo hubiera sellado todos los labios a un tiempo. Y era de preguntarse si la tierra, sacudida hasta su entraña por la caída del coloso, no habría detenido su curso a través del espacio y de los siglos para ponerse a meditar, en una cita con el destino.

Pero de todo cuanto pudo verse en día tan memorable, quizá nada tan elocuente y conmovedor como la escena de que fuimos testigos en cierto modo, desarrollada en uno de los barrios más pobres, en uno de los alrededores de la ciudad. Se trata de una indiecita anciana de más de setenta años, inquilina de una de las viviendas más pobres, instalada allí desde hace tiempo como molendera de maíz para el vecindario; vive consagrada al netezuelo que priva a su lado y a su calor; niño de siete años, una llamita de alegría protegida por la anciana. El conjunto hace pensar en una rústica linterna antigua muy gastada por el tiempo, en cuyo interior una débil luz azul se hubiera albergado para sonreír.

La buena mujer estaba en su trabajo cuando alguien llegó con la no-

EL TRAJE HACE AL CABALLERO Y LO CARACTERIZA. Y la Sastrería LA COLOMBIANA

de Francisco Gómez e Hijo

le hace el traje en pagos semanales o mensuales o al contado. Acaba de recibir un surtido de casimires en todos los colores, y cuenta con operarios competentes para la confección de sus trajes.

ESPECIALIDAD EN TRAJES DE ETIQUETA

Tel. 3283 — 50 vs. Sur Chelles

PASO DE LOS ESTUDIANTES

Sucursal en Cartago:

50 vs. al Norte del Teatro Apolo

ticia. Una noticia muy grande para creerla así no más. Pero poco a poco pasó el zapatero del barrio y le explicó cómo todo aquello que se decía era la verdad de lo sucedido, y ambos comentan:

—Una desgracia . . . !

—Una gran desgracia . . . !

—Una gran desgracia para el mundo . . . !

El zapatero sigue su camino. La anciana ha quedado pensativa, sus pensamientos con los ojos fijos en quién sabe qué punto invisible del suelo. Al fin su semblante se anima; del arca en donde guarda las cosas que son de guardar con esmero, ha tomado un periódico muy bien doblado, lentamente ha ido extendiendo el papel encima de la mesa, es ésta una mesa rústica y sin pulimentos como la pequeña arca de madera; el periódico contiene la fotografía a gran tamaño de Franklin D. Roosevelt, en aquella actitud grave y procera en que el Presidente afirma ante la Cámara de Representantes de su Pueblo, el estado de Guerra con el Japón alevé. Con las tijeras de sus costuras la anciana, lentamente, ha ido recortando el cuadro. Sobre la mesa se ve un vasito de vidrio, del que alguien se ha servido para improvisar un florero; este florero se halla cargado de florecitas, de tímidas florecitas azules y rosadas, de esas que suelen brotar—porque sí—en las ruinas de las casas viejas y abandonadas y en algunos otros sitios apartados. ¿Qué hada buena hace brotar las pequeñas flores en aquellos lugares? ¿Qué misión oculta,

G. E. STECHERT & Co.

(ALFRED HAFNER)

Books and Periodicals

31-37 E. 10th St. New York, N. Y.

Con esta Agencia puede Ud. conseguir una suscripción al

Repertorio Americano

qué misterio, qué secreto designio hay escondido en cada una de esas creaturas pequeñitas y tímidas? Cuanto de ellas se sabe es que están allí para sonreír al buen sol y a la buena lluvia, a los pájaros del Cielo y a algún niño que al sentir las bellas y buenas no ha podido contener las manos, y gozoso las transporta hasta un rincón del hogar para embellecerlo con aquella sonrisa de amor. El niño se ocupa ahora en sostener el banco de madera sobre el cual la anciana ha subido para colocar la fotografía en la pared, a la altura de algunas estampas de santos; al pie luce el ramito formado por el niño aquella mañana. La abuela ha bajado del banco, y ha exclamado: "Era muy bueno... Era muy bueno ese hombre...!" — Ha atraído hacia sí al netezuelo, le ha descubierto la cabeza y ambos van rezando, lentamente, el Padre Nuestro....

Quién sabe si muchos de los homenajes dispuestos en honor a la memoria del señor Roosevelt en nuestra ciudad y en muchas otras ciudades, hayan tenido la belleza espiritual de aquella ración y aquel manojito de flores humildes, oscura ofrenda de una anciana y su nieto de siete años, dos mínimos seres humanos perdidos por allá en una de las viviendas más pobres en los arrabales de la ciudad. Y posiblemente muy pocos tan gratos al corazón del grande hombre—si le hubiera sido dado sentirlos—como este que decimos, por tan sencillo, por tan puro; brizna de luz desprendida de una luciérnaga, temblando votiva en el claroscuro del crepúsculo al pie de la alta y gloriosa torre humana, herida de muerte por el rayo sin dèsmerecer en su grandeza inconmensurable y eterna.

R. Coto

Costa Rica, abril de 1945.

VALLE ALTO

Es un cuento de YOLANDA OREAMUNO

(En el Rep. Amer.)

Hacia muchos, pero muchos días, que sobre la ciudad y el campo se había establecido aquel extraño calor inquietante.

No podía decirse más que estaba ahí parado, y que para moverse le faltara la ayuda de cualquier viento que jamás llegaba.

Las cosas hasta habían cambiado de color. Nunca, en tiempo fresco, estorba el amarillo, hiere el rojo, o conforta el verde. Existen, eso es todo. Pero ahora, el amarillo, seco y polvoso, lleno de calientes esquinas ocre, parecía intensificar los rayos, ya de por sí excesivos, del tórrido sol. La vibración tremenda que danzaba en el aire, encontraba en el rojo superficies propicias para multiplicarse y devolver, más crueles y molestos, los movibles reflejos. La gente buscaba el verde como un refugio, y se daba

cuenta con extrañeza, de que había muy poco verde en la ciudad.

Porque el sol, por un fenómeno quizás de la estación, o quizás producto del tormento que infligía, pegaba de plano, todo el día en el cenit, todo el día medio a medio de la calle, todo el día buscando la cara vertical de los objetos para caer paralelo a ella, sin piedad, hasta que se hundía ya tarde, cuando se habían perdido todas las esperanzas, entre un halo rojo y una humareda que hasta le quitaba su inalterable forma circular.

El aire,—pero, ¿para qué hablar del aire?—no existía. A las moléculas que lo constituyen se agregaban infinitas de polvo, pelusas, partículas de materias extrañas, olores intensos, todo lo cual hacía de

Aprenda Mecánica Dental

LA MECANICA DENTAL es el arte de modelar hábilmente los dientes artificiales (dentaduras puentes, casquillos, incrustaciones, etc) por medio de moldes que el dentista toma de la boca.

PEDRO SANCHEZ CORDERO

Profesor de MECANICA DENTAL
Diplomado en Chicago

5 años de práctica en EE. UU. y 13 en México.
Avenida 16 de Septiembre 10, Despacho 305, México, D. F.

Unico requisito:

HABER TERMINADO LA PRIMARIA Y DOS CARTAS DE BUENA CONDUCTA
De preferencia use Correo Aéreo

AHORRAR

es condición *sine qua non*
de una vida disciplinada

DISCIPLINA

es la más firme base
del buen éxito

LA SECCION DE AHORROS
— del —

Banco Anglo Costarricense

(el más antiguo del país)

está a la orden para que usted
realice este sano propósito:

AHORRAR

él un elemento irrespirable, casi sólido, pleno de una calidad húmeda, caliente y atormentadora.

Las nubes de aquel cielo siempre alto habían caído preñadas en racimos sobre la ciudad, y se temía y deseaba el momento en que se desgranaran en lluvia y tempestad. Era tan oprimente la sensación de su proximidad que aterrorizaban ahí arriba, panzonas, apretadas, blanco luminosas en el centro con violentos perfiles grises, y casi era preferible a su caída, la prolongación del angustioso momento de calor.

Podía ser que ellas, las nubes, contagiadas del tórrido clima, llovieran lluvia caliente, o se alejaran impulsadas por algún viento quemante, todo lo cual, en su horrible incertidumbre de tragedia, parecía peor que la agobiadora existencia del calor. Por momentos cubrían el sol, sin obstaculizar la castigadora temperatura, y entonces todas las cosas tomaban un dramático gris.

Sobre la gente pesaban la tempestad, el colorido y la tragedia, trayendo a sus espíritus una sensación de irresponsabilidad por lo que hubiera de ocurrir, y a sus cuerpos una vida palpitante de intensidad similar a una agonía. Era horrible, era morboso y era sublime.

La Avenida 2 de Noviembre, con sus altos rascacielos, sin una sombra propicia y sin un color piadoso, se multiplicaba en sus pocas cuerdas como si fuera al infinito.

—Lo siento *güerita*, pero el próximo servicio no saldrá hasta las seis.

—Y con cuatro horas de viaje, eso significa llegar a las diez de la noche—. No puede ser—dijo la mujer.

Se quedó pensando.

—No habría otra forma de arreglarlo?

—No sé, *güerita*, sólo que se alquile un coche. Yo puedo conseguirlo, pero le costará caro.

La mujer dudó. Y en ese momento intervino un hombre a quien ella no había visto, y a quien entonces tampoco vió.

—Yo llevo tanta urgencia como Ud. Si no tiene inconveniente lo tomaremos los dos.

Ella sólo pensó en su prisa.

—Está bien.

El hombre, cuya cara no había visto, se sentó adelante con el chofer. Ambos hablaban de esas cosas secas que los hombres hablan cuando hay entre ellos la presencia de una mujer. El le preguntaba sobre la tierra, el maguey, los indios, con una avidez de escuchar que no concordaba con la ignorancia crasa del chofer; pero el hombre parecía interesado, nó en la información dudosamente exacta del otro, sino en la pintoresca forma de su expresión, en su delicioso acento mexicano, en la mezcla de superstición y leyenda con que explicaba las cosas.

La tierra, era para ella bien diferente de las informaciones del chofer. Por lo menos lo era hoy. Esa tierra parda del alto valle, que conservaba la huella de haber sido lamida, en edades lejanas, por algo suave y tembloroso como el mar. Los pequeños cerros acumulados, parecían haber sido contruídos con pereza por unos dedos indolentes, que luego de hacerlos, como acariciándolos, les habían quitado todas las asperezas hasta dejarlos lisos, redonditos y apelmasados. Y también casi sin vegetación. Tal vez porque el sabor salado del agua estaba en ellos todavía presente y la dulce sabia de las plantas no encontraba alimento. Uno se parecía al otro. Esa extraña suavidad de contornos, sólo la podían tener de haber estado por milenios bajo un agua, que lentamente, se había secado dejándolos aflorar niños y tiernos a un mundo de tormenta en el que las atísimas cadenas de montañas, mayores que ellos en edad, arrugadas por el tiempo, desnudas en roca

por el alto clima, los miraban desde el blanco agosto de sus cumbres con cierto desdén. Esos cerritos del alto valle, lucían extrañamente desnudos e infantiles en comparación con los violentos picos nevados del Popocatepetl y el Ixtatzihuatl.

Y hoy, bajo el sol furioso, todavía parecían más carne de la tierra, más hueco de axila, más curva de cadera, más redondez de muslo, más cuerpo blando de la dura, geográfica armazón.

La mujer pensaba que hacía aumentar el calor mirarlos, de cuando en cuando alterados por una casita de barro—cuadrada, sin pintura ni ventanas—o por el erizamiento geométrico de un magueyal.

Todos en el coche se asfixiaban. El escaso aire sólo servía para levantar el polvo de la carretera y arrollarlo adentro en bocanadas.

El hombre se había quitado el saco y tirado hacia atrás el cuello de la camisa.—Ella, abrumada por el monótono paisaje, lentamente, con la lentitud minuciosa con que todas las cosas se hacían esos días, dibujó una parábola con la mirada desde el blanco horizonte de las cumbres, los lomos magueyados de los cerros, la curva interminable del camino, el techo del automóvil, y luego, el cuello del hombre. Y allí los ojos se quedaron. Y junto a ellos cayó el juicio primero, la observación luego y la sensación después.

El juicio dijo: "Es un cuello fuerte." Y eso fué todo.

La observación dijo: "Debajo de esa piel gruesa, de color moreno, un poco rojo, se mueven fuertes tendones y juegan fieros músculos. La impresión de fuerza no la da, ciertamente, el tamaño de ese cuello, casi algo corto, sino su rectitud, su dureza, su obediencia elástica a los movimientos de la cabeza o los hombros, su anchura cortada paralela con la base de las orejas, la sangre rica que se mira correr bajo la piel."

Y la emoción dijo: "Ha de tener una dureza consoladora ese cuello al tacto—. Ha de ser estupendo sentir bajo los dedos la tensión de los músculos jugar escurridiza. Y la piel estará reacia, joven, tibia".

Y entonces, cuando ya la emoción estaba al borde de la aventura, advino el razonamiento:

"¿Pero es que yo también me he de dejar dominar por la embriaguez de este clima? ¿Pero es que yo también tengo como todos ahora la mirada abierta y detenida en las cosas? Las gentes andan exhibiendo un indecoroso deseo de desnudez, tienen el cuerpo tenso, el alma dormida, la sensibilidad abierta ¿Pero es que yo también? ¿Por qué he de pensar en un cuello cuya cara ni siquiera he visto? Per qué me ha de importar una voz inquisitiva que pregunta insistente cosas que no le interesan, por recoger, no la respuesta, sino el canto de la palabra y los resortes emocionales que la mueven?"

Al desviar voluntaria y dolorosamente la mirada del cuello, el hombre se movió, y él, también con la lentitud con que se hacían esos días las cosas, como si costara recia lucha moverse, alzó un brazo y lo colocó sobre el respaldo del asiento. La mirada de ella, que no se había logrado ir del todo, cayó pesada y rendida sobre el brazo.

Estaba desnudo hasta más arriba del codo. Era leñoso, ancho; mucho más blanco que el cuello, y desde allí un vello turbulento lo cubría en todas sus caras. Más vital ahí la sangre, parecía no correr en un tejido de venillas como en el cuello, sino derramarse en fervorosos cauces azules hasta la mano, donde afloraba, levantando la piel, haciéndola palpitante, y donde, con un intenso aleteo íntimo, profundo vibraba toda la tensión del hombre que dejaba caer aquella mano en apariencia quieta, en apariencia inerte, pero habitada por una vida feroz. Hasta allí, en invasión incontenible llegaba el vello espeso y se agrupaba arbitrariamente en el tejido, ya sin ley ninguna.

La emoción del día, a la que le costaba no entregarse voluntariamente, la arrastró rotos los razonamientos:

"¿Mano para acariciar, o para golpear? ¿Para realizar un recorrido cariñoso, o para detenerse ofensiva? ¿Mano para empuñar un hacha o para abrir un libro?" No lo sabía. La mano ahí posada no ofrecía en sí misma expresión intelectual. Sólo la animaba salvaje vitalidad. El brazo no tenía el músculo hecho en ejercicio, que es corto, acusado, sino el natural que existe por derecho propio y que se manifiesta sólo cuando va a ser usado en algo. Y si alguna violencia todavía lo hacía manifestarse, el vello estaba ahí para redondearlo cuando reposaba y para disfrazarlo cuando entraba en acción. Sólo ignorando la oscura cortina, se podía dar cuenta la mirada de la tremenda pujanza de golpe y de la enorme elasticidad de abrazo que en esos músculos había.

JOHN M. KEITH S. A.

SAN JOSE, COSTA RICA

Agentes y Representantes de Casas Extranjeras

Cajas Registradoras NATIONAL (The National Cash Register Co.)

Máquinas de Escribir ROYAL (Royal Typewriter Co., Inc.)

Muebles de acero y equipos de oficina (Globe Wernicke Co.)

Implementos de Goma (United States Rubber Export Co.)

Máquinas de Calcular MONROE

Refrigeradoras Eléctricas NORGE

Refrigeradoras de Camión SERVEL ELECTROLUX

Balanzas «TOLEDO» (Toledo Scale Co.)

Frasquería en general (Owens Illinois Glass Co.)

Conservas DEL MONTE (California Packing Corp.)

Equipos KARDEX (Remington Rand Inc.)

Pinturas y Barnices (The Sherwin-Williams Co.)

JOHN M KEITH

Socio Gerente

RAMON RAMIREZ A.

Socio Gerente

Después de haber visto el cuello, de haber sentido el brazo, ya ella, presa del relajamiento horrendo del día, quería presentarle y saberlo todo. Con una urgencia extraña necesitaba mirar la cara del hombre, oír su voz dirigiéndose a ella, y se sentía capaz de hablarle para lograrlo. Pero todavía una fugaz conciencia la hizo detener. Con un esfuerzo largamente madurado quitó la mirada del brazo, quitó la ansiedad del hombre y trató de concentrarse en otras cosas.

Las colinas desnudas seguían pasando. De cuando en cuando un pueblo, que no tenía de pueblo más que el agrupamiento de cubiles de barro, pasaba a la velocidad, siempre y todo castigado por el sol.

Los indios eran hombres de barro, hechos del mismo material que sus chozas, sin color, sin ventanas, porque ni sus ojos daban sensación de luz y toda la expresión tenía el hermetismo tétrico de su vivienda. Estas de barro endurecido, ellos de barro endurecido también, un poco más oscuros, un poco más movibles e igualmente estáticos. La tarde roja caía con dificultad y las nubes cargadas, ahí en el declive final del alto valle, estaban, si es posible, más cerca de la tierra. Ahora, al infinito martirio del calor, se agregaba el tormento del polvo y los secretos ruidos del campo, tan persistentes, que se hacían audibles a pesar del zumbido del motor.

Ella no había hablado. ¿Para qué lo iba a hacer? Estaba sola, en un camino desconocido, con dos hombres desconocidos también. Y por primera vez se dió cuenta al pensarlo de que había precipitado una resolución loca sin madurarla. ¿Cómo era posible que en este México extraño, sin temor de ninguna especie, ella se hubiera arriesgado a un viaje de cuatro horas por un camino solitario, con dos hombres de los cuales uno era un indio adulterado por la ciudad y otro tan extranjero como ella, a juzgar por su acento y su voraz deseo de preguntar. ¿Cómo era posible? Sólo la inaudita irresponsabilidad de estos días, el relajamiento de la voluntad y el raciocinio que producía el calor, podían haberla puesto allí, a cientos de kilómetros de la ciudad, en un coche que devoraba distancias por un camino que podía llevar a cualquier parte. Ella, la que lo había hecho, no lo comprendía.

Súbitamente, también presa de la volubilidad que todo lo marcaba, huyeron sus temores y se sintió rendida, casi contenta

de dejarse llevar, mientras un pensamiento fútil la preocupaba: "¿Cómo se regarán estas tierras pardas, dónde beben agua estos hombres silenciosos, cuándo va a llover y por dónde corre el agua de las lluvias?"— El calor, con la agonía de la tarde no se había aplacado, y de verdad agonía, crecía en angustia, en intensidad, en intermitencia y bañaba las cosas, los flacos ganados, el aire, los pocos árboles desnudos y a ellos en el automóvil. Herido el sol, se desangraba en el ocaso.

Se dió entonces cuenta de su cuerpo.— Todo en él palpitaba. No sabía por qué.— Sentía el recorrido de su propia sangre, la vibración febril de sus sienes, el aletear de su nariz; sintió que tenía abierta la boca y que aunque quisiera, no podría quitar de ésta ese gesto anhelante; sintió que transpiraba toda y pasó las manos por la ropa tratando de secarlas. El contacto de sus piernas calientes la molestó. Puso las manos en el asiento. Dejó caer la cabeza hacia atrás y contra su voluntad, oyó el jadear de su propia respiración y presumió que un aire volcánico entraba en los pulmones haciéndola asfixiar. Y sin embargo, esta asfixia lenta no le producía angustia, lo que le daba era la sensación de transmutarse, de no ser ella, de irse poco a poco de su conciencia y entregarse ya sin combates al calor, a la irresponsabilidad y a la locura.

El hombre había dejado de hablar. Ella, casi tendida, no podía verlo. Todo ya, a esta hora postrera, había dejado de ser o de importar.

Un quejido exhausto del motor la hizo erguirse. El hombre también estaba rígido y miraba hacia el frente. El chofer hizo parar la máquina, clavó su coche a la derecha de la carretera, y con la calma fría del indio se bajó sin decir nada. El hombre se bajó también.

Ella tuvo ahora más miedo. ¿Se irían a quedar aquí parados, con la noche encima a muchos kilómetros del pueblo más cercano sin cómo partir? Pero este miedo, en la fugacidad de todas sus emociones de hoy, se fué prendido de un interés, por el cual, ya todo no importaba nada. El hombre estaba de pie, a través del cristal frente a ella, y ella, por fin, podía mirarlo.

No habría encontrado en su mente, para definirlo, las palabras que usó para su cuello, o para su brazo. Pero por aquellas facciones hondamente viriles, corría la rica savia que animaba el cuello, y en las sienes, como entre las cejas, los mismos fervorosos cauces azules conducían la tensión evidente del hombre. Había por segundos en su mirada castaña una fiera expresión de dominio, y también pasaba fugaz un rendido cansancio. Sólo a un cuello tan movable, tan obediente, tan recio, podía corresponder el decidido corte de sus facciones, la volubilidad de su

Lic. ANIBAL ARIAS R. Abogado y Notario

SAN JOSE, COSTA RICA

Teléfonos: Of. 5329 - Hab. 5994

Apartado 1653

sonrisa hecha para no fijar en nada, y la tenaz comisura de su boca hecha para retener una honda y madura tristeza. Sólo una mano como la suya podía ser hecho completo con la frente moldeada a hueso puro, con las duras cejas, con la incómoda barbilla, con la fuerte mandíbula. Era muy alto, muy combado el pecho, muy ancha la espalda y todo él, como un poco cansado.

Indudablemente no se habían hablado antes, porque a pesar que ella había escuchado todo el viaje su charla con el chofer, la voz le sonó nueva, como recién nacida, cuando se acercó a la ventanilla del coche y le dijo:

—Señora, siento mucho que esto sea imposible de arreglar. El indio se niega a abandonar su coche porque insiste que mañana, temprano, pasará por aquí un chofer amigo y le traerá lo que necesita para arreglarlo. Quedan dos caminos: arriesgar seguir hasta el próximo pueblo, o pasar la noche aquí con el indio. Ud. dirá.

—¿Pero no hay manera de hacerlo ir a él?

—Es inútil tratar de convencer a un indio, que, acostumbrado tal vez a robar, teme que le roben. Ud. dice si le pego o lo mato.

La oferta, en su cálida voz ahora sin inflexiones, parecía una enunciación simple de la que ella decidiría. Tan tranquilo hablaba, tan renuente a discusiones, consejos o enmiendas, que estuvo segura de que sólo quedaba para el indio el golpe o la muerte. Miró los brazos del hombre—capaces de matar—su expresión quieta que sólo esperaba una indicación de ella para realizar lo que ofreciera, y de repente, mano rendida, clavó los ojos en los suyos y dijo:

—Caminaré con Ud.

Y juntos, en la noche que empezaba echaron a andar.

¡Qué natural le parecía, bajo el cobijo ardiente del calor, ir por un camino raro con un hombre cuyo nombre ignoraba!

Y cuando él habló, no fué para alejar, sino para encarar violentamente, pero como un hecho lógico, la rara situación.

—Cuando la encontré en la Estación de 2 de Noviembre, pensé que era más alta, y pensé también que sería grato tenerla como ahora la tengo, a mi lado.

No había atrevimiento en su voz, no había agresión en su gesto, no había pre-

Si quiere suscribirse al
REPERTORIO AMERICANO

diríjase a

F. W. FAXON Co.

SUBSCRIPTION AGENCY

83-91 Francis St., Back Bay
BOSTON, MASS., U. S. A.

ELEGIA A LA MUERTE DE LOS COMBATIENTES ALIADOS

(En el Rep. Amer.)

*I chant this chant of my silent soul
in the name of all the dead soldiers
(Ashes of Soldiers. - Leaves of Grass)*

WALT WHITMAN

Cementerios del mar y de la tierra
os dan cabida a los que fuísteis
héroes, no de la guerra
solamente;
de ese ideal humano más noble y más grandioso
e inaprehensible que es
la sacra Libertad!

En los desperdigados panteones cardinales,
hechos cárdenos lirios de ceniza
estáis.
Flores de fuego errante, vuestros lunados huesos
dan la ilusión del cielo
en la noche florida de estrellas pensativas.

Sois y no sois, hijos del hombre!
Sacrificados, mártires;
yo ví aquellos relámpagos de vuestra valentía
iluminando, claros, los épicos caminos
de vuestro dolor y vuestra lucha.
Ví cómo un torrencioso océano de sangre
se iba formando, espeso y largo y deslumbrante
con el manantial de vuestras vidas.

Ví cómo el huracán homérico y bravío
de vuestro coraje,
escoba de luz bélica, potente y bienhechora,
fue limpiando tenaz, palmo a palmo, la tierra
de esa cruz de ignominia que la hidra sanguinaria
como mala simiente arrojara en su seno.
Ví cómo a torrentadas de bomba y de metralla,
de mortero y granada,
ibais echando al suelo las altas fortalezas
que erigió la Locura
en una hora de oprobio y de inconsciencia humanos.

Bebiendo sed y comiendo hambre y dolor y sufrimiento,
de trinchera en trinchera,
domando al tiempo, encabritado,
bajo el sol y la nieve y la noche impasible,
fuísteis
sembrando los caminos del triunfo con la cara
semilla de vuestras vidas en holocausto.

Día y noche, noche y día, minuto por minuto,
en un tiempo sin tiempo,
fuísteis arrolladores,
derribando, soberbios, los negros horizontes,
hasta dar con la fiera
y hundirla, para siempre, en su propia guarida!
Os ví caer, segados, como espigas.
Os ví bajar de lo alto, bolidos encendidos,
amortajados ya en vuestras propias alas.
Y ví surgir un sol de vuestros cuerpos.
Y escuché los ayes de vuestras agonías.
Y oí un llanto estremecido
brotar de las entrañas profundas de la tierra!

Sois la siembra miliaria regada en los eriales
de la eternidad y de la muerte,
que da frutos de luz para la humana vida.
El plinto de oro sois, la columna y la llama
y el fulgor siempre vivo
del faro que a los hombres ha de guiarles
a las costas tranquilas de la paz y el amor.

Muertos estáis, mas vuestro espíritu
hablando está en la lengua multiforme
la palabra divina que ha de dar a la especie
la clave y la ruta del nuevo camino.
Dioses todos, vosotros, sacrificados, mártires
de esta epopeya trágica, sin letra ni armonía,
magna e intraducible,
mas de la que, de nuevo, otra vez para el mundo
ha renacido el fénix
eterno
de la Libertad!

Sois y no sois, hijo del hombre!
Vencidos vencedores!
Solos estáis ya,
sin paisajes y sin estaciones,
sin lunas ni crepúsculos;
pero una llama eterna
de amor
vigila vuestro sueño,
y un rocío de llanto, que viene de lo eterno,
—donde las olas del dolor se aquietan
y nace la esperanza—
y hacia lo eterno va,
cae cada alborada regando vuestra cruz.

ANTONIO MONTALVO

Quito, Mayo de 1945.

meditación en su actitud. Tomaba los hechos donde estaban, y de ahí partía como si de siempre hubieran tenido que ser así, y como si ella, lo mismo que él, sólo hubieran esperado que ocurrieran.

Y ella, que siempre se había juzgado severamente a sí misma, no tuvo ningún reproche que hacerse cuando le contestó con la espontaneidad que él imponía:

— Yo tuve todo el viaje deseo de ver su cara.

El hombre oyó la contestación sin alterarse, se volvió sonriendo, como se sonríe a una persona amada a quien ya se ha tenido entre los brazos, y sin insistir, señaló con los ojos castaños el campo, la carretera y las cumbres, mientras decía:

— Siempre parecí esperar un hecho inu-

sitado que me pusiera por un momento al menos, frente a esta naturaleza abiertamente hostil. Las cumbres de los volcanes, no quieren avenirse con este extraño valle, se ve que están reñidas desde siglos, y aún se ve que los cerros quieren crecer a cumbre y las montañas se burlan de tan ridículo esfuerzo. Sin embargo, la enormidad de extensión del valle lo hace

magnífico y disminuye la altivez de la montaña. Si no fueran tantos estos cerros, si no los hubiéramos pasado por kilómetros y kilómetros desde hace varias horas, se nos harían menguados, pero con tanta esterilidad, con tanto sol, resultan aterradores. Dan ganas de luchar con esta naturaleza ingrata, romperla para una mujer amada, y hacerla dar cuando se rinda, para ella lecho y pan.

Ella hubiera querido entonces ser esa mujer por quien él quebrara la altivez de la cumbre y por quien domeñara la esterilidad del valle. Y para él, hasta ella quisiera ser fértil.

Comenzaban a sentirse más próximos los ruidos de la noche, el grito agudo de pájaros desconocidos con los que ni él ni ella estaban familiarizados, el croar de los sapos en alguna remota hondonada, el agudo alarido de los grillos llamando a la lluvia; se oían las pisadas en el duro pavimento, se oía el furioso evaporar de los vegetales, se oían los chasquidos leñosos de los árboles, se oían las hojas secas reventar a la pisada de algún animal que huía; se oían los movimientos vitales de todas las cosas que están por una extraña condena atadas a tierra, y que en las noches, cuando los ojos del sol no las ven, se retuercen tratando de romper sus amarras; se oía el remoto silencio del valle, se oía el vibrar de sus cuerpos paralelos, unidos frente a la hostilidad de la naturaleza.

Ya ella estaba desde mucho tiempo antes, entregada al extraño embrujo del calor. Ya había renunciado a defenderse. Ya había aceptado como un hecho inevitable que el cuerpo vive más intensamente cuando la naturaleza lucha por no morir, y también sabía, que cuando ésta agoniza, como ahora, frente a una situación climática que la destruye, el cuerpo, víctima como ella; se defiende y vive en lucha mucho más que antes, cuando todo era fácil y no había que luchar. Por eso cuando él la tomó del brazo para ayudarla a andar en la creciente oscuridad, no se rebeló a la enérgica corriente que sacudió sus entrañas, que durmió sus manos y que hizo entrecebrarse sus ojos, sino que la presenció jubilosamente en ella misma como se presenció un hecho luminoso que debe ocurrir. El gesto de él no era cortesía, no era tampoco deseo de profanar, era principio de una comunión.

—Cuando en mi tierra hace verano de marzo—dijo ella fincada ahora en un re-

moto recuerdo—como aquí, cuando los pastos están secos y la tierra abierta del calor, a la hora que vivimos zumban en los montes las «chicharras», se retuercen los árboles y todo forma un todo agobiador hasta que estalla la lluvia. Entonces, si llueve en el campo,—porque en la ciudad la lluvia es humillante—si llueve sobre los pastos y los caninos, el agua es gloriosa, se abren todos los olores vegetales y dan ganas de estar desnudo y virginal.

Y él, como hablando también para sí mismo, y para una remota ansia dijo:

—Con la sequía se duermen los olores tiernos. Queda el aroma de los vegetales fuertes, de las flores grandes que se abren de noche, de la resina en los troncos, del polvo en los senderos. Huelen los cuerpos humanos con olores que en días en que todo sea normal nos molestarían, y que así, gustamos como animales. No sé si será que en noches como ésta los vegetales huelen a animal, o nosotros olemos a vegetal,

Se volvió a ella:

—Yo, siento su aroma.

Y más próximo:

—Tiene el pelo suave, como yo la quería, y los ojos claros y la boca grande.— Tiene manos fuertes y piernas largas y caderas llenas, como yo la quería. Cuando sonrío se entrega. Cuando mira hay puntitos amarillos y diabólicos en sus ojos; cuando toca, es suave como una mañana, como la más matinal de las mañanas. Toda es como yo la quería. Será fértil como la tierra que revienta después de la primera lluvia. Será buena como la sonrisa de un niño; y brava como río en montaña; y hostil con el hombre extraño, como el techo ajeno. Toda es como yo la quería.

Los ojos de él estaban dormidos sobre los de ella en un vago ensueño. Pero no la tocó.

El calor pesaba ahora más abrumador que nunca y se caminaba, como nadando, en un elemento casi sólido de próxima humedad y próxima sequía. Era tan intenso y tétrico, que ya la ropa, el sudor, el polvo, no importaban nada. Todo estaba inerte: sólo habían dos cosas despiertas, la imaginación y el cuerpo.

La imaginación para ver luceros en la noche ruidosa, por sobre las nubes, y encontrar en ellas una clara fluorescencia que en realidad, seguro no existía. La imaginación para pensar en el raro abrazo, que en el calor, se estarían dando los vegetales. La enredadera buscaría el tronco para treparlo, y crecería alocada por alcanzar su cumbre. El musgo avanzaría sobre la raíz para cubrirla con la mansa e inexorable fuerza de la ola, y se metería en sus más recónditos pliegues, y atesoraría la dulce humedad que sólo él, el musgo, en su apretada contextura, podría frente al calor retener para ella. Y ella, la raíz, no estaría tan desnuda ni tan sedienta. Los pétalos de la orquídea jugosos y profanos, se ofrece-

Dr. E. García Carrillo

Corazón y Vasos

Consulta por cita

Oficina en San José

Electrocardiografía
Metabolismo Basal
Radioscopia

rían abiertos a la cópula del polen y el insecto; y estarían blancos, pero encendidos en los bordes con un rubor violeta. Y las plantas todas tendrían en la misericordiosa noche que oculta la vergüenza de la sequía, un ausia desorbitada de crecer, de dar flores, de alimentar semillas, de regarlas al viento, de morir por ellas. Porque todas las cosas inanimadas en la noche calurosa, se vuelven seres vivos, olvidan que están muriendo de sed, e insospechadamente, son presas de un loco fervor de vivir y procrear. Los animales hembra huirían a los rincones oscuros, seguros de la persecución victoriosa del macho, y todo, desde la tierra seca hasta la última hoja tierna que todavía atesoraba (para ella, la pequeña, la recién nacida), la última gota de savia, tenían un deseo fecundo de ser, existir y reproducirse. Un deseo puro, un deseo santo, un deseo natural, espontáneo; normal corriente entre la normal expresión de los hechos normales.

Los seres humanos, en una noche así, dejaban de existir como unidades aparte y pasaban a constituir parte del todo natural. No había en la noche pesada lujuria ni concupiscencia, había realización de hechos que la civilización, la mente y la lucha por la vida, han deformado hasta hacerlos parecer anormales. Y todo, como un río va al mar, volvía a caer en una noche así, en la ley natural de la naturaleza. Caía el árbol, y la raíz, y la flor, y la tierra, y el animal, y el hombre.

Y ellos dos también, caminando silenciosos, eran flor y semilla.

Hacía mucho, pero mucho tiempo caminaban unidos. Hacía mucho también que él le había asegurado que por siempre sería así. Y hacía mucho, talvez desde que lo vio por vez primera, que ella resignadamente, con una resignación jubilosa, había aceptado todo lo que estaba por venir.

Agencia del
REPERTORIO AMERICANO

en Londres:

B. F. STEVENS & BROWN LTD.

New Ru kin House,
28 30, Little Rusell Street, W. C. 1,
London, England

—He amado siempre los árboles—dijo él—, he amado la lluvia, y me he odiado a mí mismo cuando en la ciudad, por la construcción de razonamientos artificiales, el sol, la lluvia o el viento me molestaron. Y sin embargo, es tan absurdo todo allí que estas cosas santas estorban, como estorba también la fealdad humana. Aquí, en la naturaleza hay cosas también feas, pero nada está de más. Es feo el sapo, y la tierra cuando está seca y desnuda, y la hierba mordida por el caballo, y el árbol en proceso de arrojar sus hojas; y las aves son feas cuando cambian la pluma y es feo el gusano blanco de la tierra y el gusano negro de la rama; son feos el escarabajo, la lechuza y la araña. Y a pesar de tanta fealdad, nada choca; en el concierto armónico que todos forman, seguro estoy que al colibrí no le parecerá mal el escorpión, ni a la flor la raíz. No son feas las cosas, son feos los conceptos con que las designamos.

Miró al horizonte y luego dijo:

—Va a llover, pequeña. Te mojarás, y yo no haré nada por evitarlo, porque quiero ver correr el agua desde tu cabello, bajar por tus mejillas y meterse en los recónditos pliegues de tu boca.

A ella, la de antes, la misma que se defendía en un seco razonamiento, todo le parecía bien, y esperaba la lluvia como lo esperaba a él, sin impacencias, con certeza y confianza.

—Querré también ver cómo el agua te ciñe los vestidos. No, pequeña, no haré nada para evitarlo. Es bueno verte así, y encontrarte así, y retenerte por siempre. ¿Tú entiendes, verdad? Hoy, tú y yo, no somos más tú y yo, y la norma de nuestra conducta no hemos de encontrarla en eso que la gente llama conciencia, ni en lo otro que la gente llama moral. Hemos de encontrarla aquí, en la tierra que pisamos, en el aire mortal que nos circunda y en el paisaje oscuro que nos rodea. Han terminado las responsabilidades con nosotros mismos; pertenecemos hoy a esto, y debemos sobre todo, estar con la naturaleza en su gran protesta contra la sequía. Si nos unimos los hombres para luchar contra los hombres; si nos juntamos para pelear por conceptos, también esta noche, que no somos hombres ni somos nosotros, debemos comulgar con la salvaje protesta que la naturaleza tiene entablada. Ahora si llueve, tú y yo, pequeña, haremos lo que hace el árbol, el animal o la hierba, porque esta noche, somos uno de ellos. Si el árbol se estremece por el agua lo baña; tú te estremecerás conmigo; si la hierba crece cuando calma su sed, tú crecerás junto a mí; si los animales se buscan en el terror de la tormenta, tú se encontrarán conmigo; y si ellos se aman, nos amaremos también.

Ahora ya, truenos lejanos comenzaban a retumbar. Las nubes panzonas se hacían luz para estallar y había en todo la gran expectativa que precede a la solución. Pa-

recía que los vegetales se volvieran, del lado en que el viento se inclinaba a soplar, y parecía que los animales hubieran detenido la persecución mutua para formar parte de la espera general. La tierra abría crujiendo más anchos sus surcos, más profundos, para acoger la lluvia torrencial. Las hojas se alzaban, se ahuecaban, para contener la gota; los animales miraban con ojos luminosos a la noche, y dilataban las narices oliendo a tempestad.

Ellos dos en el borde del camino, esperaban también. El hombre, que ya podía tenerla, si quería, no la había tocado. Porque él, uno con la tierra, con la tormenta y el árbol, sólo obedecía los grandes acordes del concierto natural, y se inclinaría sobre ella cuando se inclinara la rama bajo el peso del agua, no antes ni después.

Por eso su palabra:

—Te mojarás, pequeña; mira cómo ya viene la lluvia batiendo los cerros. Beberán ellos redondos la humedad, y yo la beberé en tu cara. Es la lucha final. Llega ganando, victoriosa a calmar la gran ansia. Tú y yo, si esto se prolongara por siempre, por siempre deberíamos esperar también.

Hálitos de humedad ya alcanzaban el camino. Comenzaba a oler desesperadamente, y aquellos olores tiernos, pequeños, que para abrirse paso necesitaban una gran limpieza del aire, ganaban espacio sobre los olores fuertes que habían resistido al polvo y la sequía. Oía a hierba húmeda, a flor chiquita, a tallo tierno, a retoño, a agua y a lucero. Un aroma de limón, que seguro estuvo por días retenido en la fruta, incapaz de traspasar su corteza endurecida, se hacía sentir. Un perfume de violeta, que seguro estuvo escondido en la raíz, venía desde abajo, trepando por la atmósfera. Un olor de musgo blanco, que seguro se volviera durante la sequía reserva de humedad para la planta, se dilataba inmenso por el aire. Un olor fresco, sano, joven, salta de la mujer hasta él.

Y así, cuando las primeras cortinas de lluvia furiosa batieron la tierra próxima, cuando los relámpagos brillaron allí mismo y los rayos cayeron cercanos, se hizo, pesada, sobre ella la bendición del hombre, y sobre la tierra la bendición del agua.

Había llovido tanto, tanto, la noche pasada. Había llovido tanto que ella, acostada no sabía por qué en aquella camita angosta de la fonda, ignoraba cómo había llegado. ¿Pero a quién se lo podría preguntar? Un melancólico razonamiento que la molestaba, hoy como nunca antes, había vuelto a su conciencia. Ese razonamiento le prohibía, y le prohibiría siempre, preguntar en qué forma había llegado, y tendría que llevar indefinidamente aquella espantosa laguna de la memoria con que despertara.

Después que vió por la ventana que los cerros estaban lavaditos, que las flores se habían abierto inusitadamente en el jardín

del hotelillo, que un como remedo de hierba parecía querer romper la superficie de la tierra—dando por suficiente en su desazón aquel cuadro somero de su situación geográfica—, salió del cuarto para tratar de encontrar, con un mínimo de preguntas, el lugar donde se hallaba y la ruta que tenía que seguir.

El jardín endomingado trajo a su mente una frase absurda: «... suave como una mañana, como la más matinal de las mañanas». Esto la hizo sonreír; ¿dónde habría leído ella esa frase? Sonaba fresca y bonita, y también como reciente, pero ella no tenía tiempo para entrar en tan disparatadas investigaciones, sólo por una frase.

Volvió a su preocupación. Nunca, por ningún motivo, preguntaría en qué forma había llegado. Para su alma de mujer corriente, acostumbrada a los hechos simples, acomodada a las circunstancias y a los hábitos vulgares, era horroroso no poder dar, hasta la saciedad, cuenta de sus propios actos.

B jó al comedorcito. Con la actitud mesurada de la mujer responsable de la sociedad, de su posición y de las circunstancias, pidió el desayuno. En la puerta, tapando sin ninguna consideración la luz, había un hombre alto. Ella pasó sobre él la mirada somera que con muy poco realiza una síntesis y forma un juicio. Fué muy corta la mirada; no necesitaba más, porque el hombre ahí parado, por su aspecto, no era indudablemente un hombre al que ella debía mirar. Estaba tapando la luz y por eso lo vió. Tenía el pecho combado, era muy alto. Llevaba las mangas de la camisa arrolladas más arriba del codo, y sobre los brazos anchos, una desagradable inundación de vello bajaba hasta las manos. Tenía el pelo negro, muy corto, muy lacio; el cuello, un cuello recio, muy tosco para su sensibilidad. Indudablemente, la actitud arrogante, decidida, del hombre, no concordaba con su mala educación de pararse en la puerta a obstaculizar así la luz.

Ella no quería interesarse en él, quería sólo que él se moviera y se fuera la gran sombra que su silueta arrojaba en la mesa. Y sin desearlo conscientemente, se preguntó callada: «¿Quién será ese hombre?».

El se volvió, la miró fijo casi sin mirarla, y dejando bajar sus ojos sobre el pelo suave, los ojos claros, la boca grande y la cadera ancha de ella, pensó para sí mismo: «Quisiera que esa mujer fuera como yo, para un día pasar mis manos por su pelo, besar su boca, y contemplar mis ojos en los suyos. Pero no es, ni será».

Sobrio a los deseos imposibles, el hombre se volvió, otra vez de espaldas a ella, y se quedó contemplando sin recuerdos, los cerros lavaditos, las flores recién abiertas, la tierra húmeda, el sol nuevo, y los canalitos de agua que desfilaban por el patio.

Y. O.

San José, Costa Rica, Abril de 1946.

MEDITACION SOBRE COSAS VIEJAS

(En el Rep. Amer.)

Qué cosas son estas que pienso, viendo como tropiezan en un punto y se anulan en otro, la influencia nueva que atonta fuertemente, y la antigua con remembranza de los viejos siglos; son tantos aspectos, que mudan la luz del día nuevo, del mundo moderno, donde asoma todavía con autoridad, la rutina cansada; la proximidad clásica impuesta en su adición como un privilegio... El rastro viejo—inmoviliza el fondo—donde desaparece de repente, debido a la diferencia de la evolución que nos acostumbra ahora en otra habilidad directa de reformas y de sentido. Descubrimos su trabajo, la relación imperiosa de este tiempo en actividad sobre el carácter, que asegura acostumbrarnos a un estado atmosférico, donde el hombre es víctima del efecto eléctrico, que apresura el resto de la vida con oprimir un botón, y hace vagos los objetos que se mueven abreviando...

Antiguamente el silencio de la vida tuvo un reposo, hoy no. Entre más callamos, el espíritu tiende su centro de estudio, y se alimenta de inquietud... Por algo predijo Goethe: «Amo al que pretende lo imposible».

Así, a la hora del sol ducha de rayos ultravioleta, y, cuando los humos azulosos de las viejas chimeneas cargadas de ollín, suben y se pasean hasta las oscuras montañas de las milenarias tierras de Nuevo Cartago, me toca a mí, recordando, conversar con todas esas solemnes cosas, que transpiran olores de siglos y de conquistas; heredades y triunfos de los bravos Capitanes; los vestigios de antigüedad; las reliquias monográficas en sus santuarios originales... Asedio mi espíritu que tan poco defiende sus inclinaciones modernas cuando dialoga con las antiguas, y en el cual encuentro también las vetusteces de sus rancios sentimientos, y de sus incansables aficiones, ya hecho rueda de gustos disímiles en su tejido de heterogéneas concepciones. Divulgo sin detrimento algo de lo que no quiere obscuridades de silencio, sino más bien, las convexas ondas del espacio, que no se apoyan en escalas visibles, porque en él se pierden los humos vanidosos junto a las aspiraciones incansables... Siendo así, que allí, son rascacielos los de imaginación, y buceadores, los estros de las nuevas creaciones. El tropel de los afortu-

nados, tiene su ascensor particular, como las disciplinas viejas, cuelgan sus métodos, no en los anaqueles nivelados, sino en los clavos de acero—que aturcidos de golpes y hundidos de pesas no doblan la cabeza—. La ciencia y la lucha son los focos por los que se ve la vida en estos momentos; los anojos y las intrépides los dejo aplazados... el sosiego estatuario que personaliza—a los serenos—está poniéndome andamios de modernas elevaciones.

Estos maestros franceses me hacen rueda: Verlaine..., Baudelaire.., Mallarmé y Valery; me hacen afectar en alarde de sus bizarras invenciones y sus menudas picardías; que tropiezan conmigo aunque seguros de que soy confidente de ellos y auditorio de muchos de sus orgullosos secretos. Valery nos dice: El arte y el dolor nos agigantan. Lo que más admiraba en Mallarmé era su carácter esencialmente voluntario y la extrema perfección del trabajo. Baudelaire nos da la lucidez del análisis, en las formas más delicadas; con su profunda psicología adorna y llena de atractivo lo esencial de su material artístico. Verlaine nos descubre las íntimas desigualdades, que expresan la resonancia de los sentimientos, con palabras luminosamente musicales.

La actividad espiritual de ellos desarrolla el equilibrio que puede sostener toda la generación de ideas paralelas; y es con ellos que reviso en mí los gérmenes de la imperiosa necesidad espiritual, que a veces me imparte una diafanización, que me ayuda a encontrar aseguibles hasta los mismos «seres etéreos» impuestos en la morbosa intransigencia de los incompatibles. Todo lo que se razona tiene una sed de ser

y de convencer. Trasunto de estas meditaciones es mi aspiración de considerar el concurso que derrama la luz sobre lo que es la realidad, y poder ver, y palpar, escrutando la fortaleza que asimilan—las almas fuertes— aun aquellas dadas a la sensibilidad exquisita y a la angustia de una hipochondría involuntaria. Abstenerse de formar un grupo, sin la confianza de un monólogo, para conocerse a sí mismo, crea a los escépticos; entre la variedad se interesa y se encuentra el espíritu múltiple. Absurdo es conformarse con lo ingenuo. La contradicción seduce y engendra el sér. Si se siente uno diferente en el conflicto, da también un aislamiento en el sér humano que desconoce la forma de avenirse, y si rehusa la evaluación que comparte el buen juicio, viene a ser un verdadero liberto de lo que sin contactos ni razones mira ser su único destino. Entrar a la justicia y ser humano entre los más humanos, la personalidad no lo rehusa, y les deja el promedio de aquellos a los que no tienen conciencia de lo opuesto, ni del movimiento que agita las partes diferentes de un instante.

YSOLA GOMEZ

Costa Rica, mayo de 1946.

DEJO DE EXISTIR PEDRO HENRIQUEZ UREÑA

(En el Rep. Amer.)

Dejó de existir y no de vivir: sobrevive Pedro Henríquez Ureña. Anoche, con los diarios de la tarde, corrió la noticia y en vez de alternar juicios de sus merecimientos, más apremiante fué en nuestra conversación hacer cuestión de la sorpresa.

Quien más quien menos habíale visto; por nuestra parte estaba fijo su recuerdo del domingo pasado (hace 6 días) en la Embajada Norteamericana; gran amigo de esta representación, el domingo último, acompañado de su hija acudió a escuchar música de un violonchelista auspiciado por la diplomacia. Entramos, torcemos a la izquierda. Nunca estuvimos antes

en esta su habitación. Damos de cara con Manuel Ugarte y el poeta dominicano Manuel Cabral. A poco Martínez Estrada, Presidente de la Sociedad de Escritores, y la proliferación de discípulos, colegas profesores y escritores en general.

Todo lo anterior alude a la gaceti-lla periodística; otra cosa habría de ser pergeñar su va orización de erudito y escritor.

Ureña representó la categoría más alta de la inteligencia regimentada por un sistema o una disciplina entre nosotros. Era un escritor ordenado. Ese es el sentido de su persona y de su obra; su frialdad social nace de

Si Ud. reside en la Rep. Argentina
suscríbase al

REPERTORIO AMERICANO

por medio de la

Agencia Internacional de Diarios

A. BARNA E HIJO - Buenos Aires

Lavalle, 379 - U. T. 31.

Retiro 4513

allí, su alejamiento del periodismo y de la política y de la diplomacia nace de allí.

Quien más autoridad tiene para enjuiciar a Ureña, esto es, Amado Alonso, cuya limitación es sólo de corazón, pues compartían la misma plaza, ha dicho despidiendo los restos del muerto ilustre: tres filólogos ha tenido América: Bello, Cuervo y Henríquez Ureña.

Dice Gide que el hacer residir la idea de perfección no en el equilibrio y la medida, sino en el extremo o en la puja, es lo que caracteriza a nuestra época. Pues Ureña estaba establecido en el equilibrio y por eso estaba lla-

mado a tener cada vez menor renombre, cada vez menos difusión periodística, pero su dimensión no era para el presente sino para el porvenir.

Ay, amigos, la sabiduría no está en la razón sino en el amor. A este hombre no lo hemos rodeado de amor, pero su nombre, sacrificando al hombre, será un arquetipo. Ayer murió Antonio Caso y hoy Ureña. ¿Qué discípulos son dignos de estos maestros en los días tan yertos en la región espiritual en que vivimos?

Tienen la palabra ellos.

ARTURO MEJÍA NIETO

Buenos Aires, mayo 13 de 1946.

LA FE EN ITALIA

(De *España Republicana*. Buenos Aires, 22 - IX - 45.)

Italia sufre y paga—¡inexorable destino de los pueblos que anhelan ser libres!— las penas de las culpas contraídas por los gobernantes que la dominaron y la escarmentaron. Es incomprensible e inexplicable que se mantenga el rigor contra los italianos que han padecido las arbitrariedades espantosas, las persecuciones temibles de Mussolini y sus secuaces. El alma liberal, el espíritu democrático de la Italia auténtica—aquella que inmortalizaron los Mazzini, los Garibaldi y los Cavour— hubieron de soportar el peso abrumador de una tiranía cruel, ruin e implacable.

Ahora estos hombres de la Italia que siempre soñó vivir una y libre, están sometidos a un régimen de torturas morales y de limitaciones jurídicas, que en esencia son y constituyen verdaderas iniquidades. Así no se restaurará la paz en el mundo ni los pueblos alentarán esperanzas, menos seguridades, de días mejores.

Cuiden los gobiernos victoriosos ser comprensivos y ser leales en sus compromisos. Italia debe disponer plenamente de sus destinos y recibir los apoyos y auxilios necesarios para cumplir su misión, magistral e insustituible, de rehacer las grandes tradiciones romanas, de donde arranca todo el sistema de instituciones internacionales que transformaron y rigieron el mundo moderno.

No incurran los diplomáticos de hoy en los errores que un día sufrió Metternich, cuando era árbitro de los destinos de Europa y se le ocurrió decir, o que es peor creer, que "L' Italie est une expression géographique". Italia es una realidad histórica, indestructible e insobornable. Su gran obra civilizadora, sus incomparables realizaciones jurídicas, sus asombrosas empresas estéticas, toda su tradición de afanes libertadores, pusieron más que todas las fuerzas

concertadas de los vencedores de Napoleón. Los tratados de 1815 cayeron despedazados y la política comprensiva de Palmerston en Italia, interpretada y cumplida por lord Minto, no hizo más que servir los grandes anhelos de aquellas almas heroicas y proféticas de los que habían de conquistar, entre constantes adversidades bélicas, victoria tras victoria moral, el triunfo definitivo y grandioso de la *Unità*.

Fué la gran experiencia, donde el batallar continuado de los hombres idealistas, los grandes promovedores y constructores del "risorgimento", demostró a toda Europa cuánto había de falaz y grosero en los afanes de Roma (el Papa) y en los intereses dinásticos de aquellos magnates reales que hoy en Sicilia, mañana en Nápoles, después en Lombardía, no dudaban nunca en colocar y defender en primer término y por encima de los intereses de la comunidad, las conveniencias familiares o los egoísmos personales, conculcando las normas y principios morales más levantados, respetados en el mundo.

Será bien decir a los poderosos de hoy, que recibieron nuestras adhesiones fervientes e incondicionales en las horas difíciles, cuánto conviene que el mundo no caiga en la sima de la desesperanza o en los abismos de la desilusión. El caso de Italia, tan típico y tan elocuente, puede ser decisivo en este orden de cosas.

Cuanto hoy sienten, piensan y actúan democráticamente, dispuestos a colaborar en los difíciles y delicadísimos trabajos de formación del mundo nuevo que debe ser construido, si la paz futura no se ha de convertir en un sacrilegio que profane los santos ideales de la libertad y de la justicia, todos sin excepción saben que sin una Italia plena y poderosamente libre, con

absoluta autonomía, con ilimitada voluntad para determinarse y regirse, no puede haber Europa ni mundo posible.

¡Que Italia, como Francia, es una pieza esencial en la mecánica del mundo con que soñamos cuántos tenemos fé en las ideas y seguridad en las doctrinas que han de orientar la nueva solidaridad internacional.

AUGUSTO BARCIA

EL NIÑO

(Atención de *Emma Gamboa*)

En ribera remota
florece nuestros signos,
cantan nuestras alondras,
se abren nuestros caminos.

— *Está bien, pero salvemos al niño*

Detrás del horizonte,
—dorado vellocino—
sale el sol de los héroes
a espolear nuestros bríos,

— *Está bien, pero salvemos al niño*

Si el desierto cruzamos
con pies de estoicismo,
más allá habremos gloria
y amor y poderío.

— *Está bien, pero salvemos al niño*

El mar tañe sus ondas
y el viento sus carrizos.
¿No ves en lontananza
las páginas de un libro?
Es la sabiduría,
síntesis de los siglos.

— *Está bien, pero salvemos al niño*

Oye fluir las aguas
de ese anchuroso río.
Si a nado lo cruzamos
ahora mismo,
se habrá cumplido en breve
nuestro destino.

— *Está bien, pero salvemos al niño*

Mira aquel Himalaya
—ciudad de místicos,
singular monasterio
de los contemplativos—;
ganándolo veremos
la faz del infinito.

— *Está bien, pero salvemos al niño,*
lámpara de la especie,
depósito divino.

ALBERTO VELAQUEZ

Guatemala, mayo de 1946.

Octavio Jiménez A.

ABOGADO y NOTARIO

Oficina: 25 varas al Oeste de la Tesorería
de la Junta de Protección Social

TELÉFONO 4184

APARTADO 338

Desde 1931...

TACA marca la **RUTA**
DE UNIÓN en América!



EXPRESS AEREO

TACA maneja mayor volumen de carga aérea que cualquier otra compañía del mundo, y ahora ofrece un rápido y eficiente servicio de Express Aéreo a tarifas reducidas entre los E.U.A., Cuba, México y más de 80 ciudades de Centro América.

El Express Aéreo de TACA sale primero... y llega primero.

Para mayores informes, diríjase Ud. a las oficinas de TACA Airways en esta ciudad:

Fundada en 1931 por un hombre con el ideal de servir, TACA es una de las precursoras en la aviación comercial... su nombre es ya un símbolo de servicios rápidos y eficientes en los países que ha servido durante 15 años.

Hoy, la responsabilidad de TACA es aún mayor: la de marcar nuevas brechas de unidad y prosperidad continentales, con nuevos y mejores servicios sobre sus 21,000 kms. de rutas, que unen a casi 100 ciudades en 12 países de América.

La responsabilidad de TACA es la de servir a Ud. mejor... y TACA sirve a Ud. con hechos!

TACA AIRWAYS *System*